

Con *La Cautiva* llegó al apogeo de su fama poética, que penetró hasta en España, á pesar de la incomunicación en que vivían entonces los ingenios americanos respecto de los nuestros. Quinientos ejemplares de las *Rimas* se vendieron en Cádiz. Lista y Ventura de la Vega las elogiaron, y fué preciso hacer una nueva edición española, que se agotó en seguida: caso bien raro, aun en aquellos tiempos en que había más afición á versos que ahora. La leyenda de Echeverría traspasó además las fronteras de los pueblos en que es nativa la lengua de Castilla, y obtuvo los honores de una traducción alemana, que hizo en el mismo metro del original, y en igual número de estrofas, Guillermo Walter (1861), poniéndole este honroso epígrafe: *Res, non verba*.

Hasta 1837, Echeverría, aunque preocupado siempre por ideas de reforma social, no se había manifestado más que como poeta. Aquel año descendió á la propaganda clandestina, fundando una especie de sociedad secreta, que tituló *Asociación de Mayo*, en la cual se afiliaron la mayor parte de los estudiantes de Buenos Aires, capitaneados por Alberdi y Gutiérrez. Esta asociación tenía por objeto preparar la caída de Rosas,

*La Cautiva*: «Las diez y ocho estrofas de este canto son otras tantas perlas, y de las de más bello oriente, entre las muchas que adornan la cabeza de la musa argentina. El metro, la versificación, los epítetos, las palabras todas empleadas por el poeta, son sencillas y casi familiares. Esas estrofas maestras no necesitan ni de oropel ni de ruido. Puede decirse de ellas, parodiando á Virgilio, que bástales mostrarse para convencerse de que son divinas y reinas en los dominios poéticos de nuestro Parnaso..... El canto del *Desierto* pertenece á esas creaciones que vivirán eternamente, y serán por siempre hermosas, como lo son la naturaleza y la verdad. La poesía de la *pampa* está toda entera elaborada y comprendida en esos pocos versos, así como la poesía de una noche estrellada y *serena* se encierra con todas sus armonías en la oda de León á D. Loarte.»

cuya tiranía, sin haber llegado al punto de sanguinaria insensatez á que llegó después, comenzaba á ser intolerable; y acelerar la *regeneración* de la patria, conforme á los principios que Echeverría desenvolvió en un célebre folleto, *El dogma socialista*: palabra que aquí ha de entenderse en el sentido de *dogma social*, pues, por lo demás, nadie más lejano del socialismo que Echeverría, á quien hoy calificaríamos de individualista de los más clásicos y radicales. Su credo, bandera ó programa, aunque formulado con varonil elocuencia, no contiene más que los lugares comunes de la antigua escuela democrática, tal como la exponían los publicistas franceses anteriores á 1848. Á lo sumo, puede traslucirse en algunos conceptos influencia sansimoniana (1).

La *Asociación* tuvo que dispersarse pronto para salvarse de las pesquisas de la policía de Rosas; y Echeverría se retiró á una de las haciendas que poseía en el campo, esperando con el alejamiento y la obscuridad de su vida, esquivar la persecución y proseguir trabajando en la educación política de sus compatriotas. Allí compuso sus sentidos versos á la muerte del poeta Juan Cruz Varela, muerto en la expatriación; y allí le sorprendió la noticia del alzamiento liberal de los hacendados del Sur, en Octubre de 1839: tentativa prematura y frustrada, que no hizo más que exacerbar las crueldades de Rosas. Aquella insurrección le dió tela para un fastidioso y prosaico poema en variedad de metros, ó más bien gaceta rimada, que dió á luz años después en Montevideo.

(1) En sus *Cartas á D. Pedro de Angelis*, editor del *Archivo Americano* y panegirista asalariado de Rosas, Echeverría rechaza toda complicidad con el socialismo europeo.

Echeverría, á quien su quebrantada salud impidió alistarse en las filas del ejército libertador del general Lavalle, que con tan mal éxito luchó contra Rosas en 1840 y 1841, tuvo que resignarse á la expatriación y buscar asilo, primero, en la colonia del Sacramento, y luego en Montevideo. Allí, durante el memorable cerco de aquella plaza, continuó la lucha contra el dictador, en verso y en prosa, en periódicos, discursos y folletos, Pero el visionario, el iluminado, el utopista, fué sobreponiéndose cada vez más al poeta. Sus compañeros de proscripción le respetaban más bien que le seguían, teniéndole por inútil para la acción revolucionaria; y él se perdía cada vez más en nebulosidades de metafísica social, explanando y comentando de mil modos su *dogma socialista*, que quiso introducir hasta en un compendio de moral que escribió para las escuelas primarias. Entretanto, el poeta, aunque versificando á destajo, no volvió á encontrar inspiraciones semejantes á las de *La Cautiva*. La bella descripción del Tucumán al principio del poema *Avellaneda*, es casi lo único que merece salvarse de esta segunda manera suya, en que el político mató miserablemente al poeta que, aspirando al lauro épico, sólo consiguió poner en renglones desiguales é incorrectos la prosa de los periódicos. Y sin embargo, aquella guerra era trágica y de proporciones aterradoras, y merecía tener, y tuvo en efecto, su poeta; pero no en verso, sino en prosa; no el autor de *Avellaneda* y de la *Insurrección del Sur*, sino el de *Facundo Quiroga*; no Echeverría, sino Sarmiento. Echeverría no tenía genio épico, y sus poemas largos son otros tantos abortos. Si alguno puede citarse como peor que los restantes, es el más largo y el último de

todos, aquel en que precisamente fundaba mayores esperanzas, *El Ángel caído*, del cual puede decirse con mucha más razón, que de *La chute d'un ange* de Lamartine, que no es la caída de un ángel, sino la caída de un poeta. Esta farragosa composición, que llena por sí sola un grueso volumen de más de 500 páginas en 4.º en la colección de las obras de Echeverría, es punto menos que ilegible; y el mismo Gutiérrez, con todo su entusiasmo, reconoce que están de más una gran parte de los ocho mil versos de que consta. El héroe del poema es el eterno D. Juan, pero un D. Juan trasplantado á las orillas del Plata é introducido en la sociedad argentina; ó más bien, el *D. Juan* de Echeverría no es nadie, por el mismo empeño loco de que lo sea todo. Es una abstracción quimérica, compuesta de elementos contradictorios: «un tipo (dice el autor con toda sencillez), en el cual me propongo concretar y resumir, no sólo las buenas y malas propensiones de los hombres de mi tiempo, sino mis sueños ideales y mis creencias y esperanzas para el porvenir. Como todas las almas grandes y elásticas, la de mi D. Juan se engolfará á veces en las regiones de lo infinito y lo ideal, y otras se apegará, para nutrirse, á la materia ó al deleite. Así, representará la doble faz de nuestro sér, el espíritu y la carne, ó el idealismo y el materialismo....., y como nuestra sociedad es el *medium*, ó el teatro donde esa alma debe ejercitar su devorante actividad, esto me dará lugar para ponerla á cada paso en contacto con ella, pintar nuestras costumbres, censurar, dogmatizar é imprimir, hasta cierto punto, al poema, un colorido local y americano».

Como este tipo, que realmente no es tal tipo ni cosa

que lo valga, daba tanto de sí, el autor nos amenaza con nuevos poemas que tenía ideados, en los cuales «*este multiforme Proteo americano* (¡americano D. Juan Tenorio!), reaparecería bajo otra luz y con distinto relieve». Hay que advertir que *El Ángel caído* es ya continuación de otro poema no corto que se titula *La Guitarra* (en que hay imitaciones, bastante desgraciadas, de la *Parisina*, de Byron), y luego iba á venir el *Pandemonium*, y luego, no sabemos qué, porque el poeta había perdido enteramente la brújula, y era, como García de Quevedo, una de las más señaladas víctimas del furor épico, trascendental y simbólico. Nada interesa en *El Ángel caído*: ni la fábula, que es insulsa y desatinada; ni la construcción del poema, que es informe y sin ningún género de unidad orgánica; ni las ideas filosóficas, que son un barullo caótico y pedantesco, último residuo de lecturas mal digeridas; ni la dicción poética, que es arastrada, débil, palabarrera. Echeverría, que hacía alarde de despreciar á todos los poetas españoles antiguos y modernos, porque «no descubría en ellos acción psicológica, afectos íntimos, ni pensamientos filosóficos, sino la manifestación orgánica y brutal de la pasión», hubiera hecho bien en pedir prestado, no ya al gran Tirso, sino á sus propios contemporáneos, Espronceda y Zorrilla, algo del interés y de la vida que pusieron en sus reproducciones del tipo de D. Juan.

Resumiendo todo lo expuesto sobre Echeverría, hay que reconocer, como reconoce su mayor panegirista Gutiérrez, que en sus obras anda revuelto «el oro de buena ley con materias muy humildes». Fue un pensador sincero, aunque mediano, un entusiasta con visos de iluminado, un patriota algo cándido y enamorado de

abstracciones, pues aun buscando base histórica para su política, tenía tan pobre manera de entender la historia de su país, que no empezaba á contarla más que desde fecha tan reciente como la revolución de Mayo de 1810, como si ninguna nación se hubiese improvisado en un día. Del mismo modo quiso improvisar una literatura americana, renegando de todos los precedentes coloniales y quedándose sólo con la lengua. Sobre esto son muy dignas de tenerse en cuenta, por lo atinadas y sagaces, las reflexiones de un crítico y poeta de la nueva generación argentina, D. Calixto Oyuela (1). «Precisamente por haberse apartado Echeverría de lo español y castizo más de lo que nuestra propia naturaleza consiente, no pudo ser suficientemente americano. No acertó á librarse de la imitación romántico-francesa, como se libró de la seudoclásica española; y pensando en francés, escribió en castellano de mediana ley. Afrancesado su pensamiento por influjo del deslumbrador romanticismo, ya no pudo hallar en moldes castellanos su manifestación natural y espontánea. «Aceptemos de España su hermosa lengua», dice. Pero ¡qué! ¿Puede aceptarse una lengua, rechazando á la vez de todo en todo el pensamiento, el medio de imaginar y de sentir y de expresar, que de consuno la engendraron, amamantaron y desarrollaron hasta el altísimo grado de perfección en que hoy se encuentra? La lengua no es un ropaje exterior, susceptible de sacarse, ponerse y cambiarse á voluntad, sino la expansión inmediata que lleva embebida esencialmente el alma del pueblo que la posee. Cervantes, Calderón, Lope, León, Quevedo, viven y

(1) *Carta á Rafael Obligado*, Buenos Aires, 1885.

palpitan todavía en las voces, modulaciones y giros de la lengua castellana, la cual sólo podrá ser natural instrumento de los pueblos que, si bien modificados, conservan sustancialmente índole ó afinidades españolas. Si Echeverría quiso renegar de esta índole y de estas afinidades naturales, debió ser lógico y renegar también del idioma que es su consecuencia necesaria, proponiendo que hablásemos en francés ó en quichua.»

Después de estas palabras tan llenas de sensatez, no hay más remedio que ver en Echeverría un artista incompleto, que emprendió grandes cosas con fuerzas desproporcionadas á su intento, y que nunca llegó á dominar el instrumento que empleaba. Su americanismo, valga lo que valiere, se reduce á *La Cautiva*, y á algún rasgo del *Avellaneda*, poema muy mal escrito en casi todas sus partes. Tenía dotes de observación realista, como lo prueban su cuadro de *El Matadero*, y algún otro de sus fragmentos en prosa; pero no utilizó esta vena, que le hubiera conducido quizá á una literatura más americana que la de sus versos. Prefirió perderse en nieblas teosóficas, y hoy yace enterrado bajo la balumba de sus obras en el suntuoso, pero demasiado completo, monumento que le levantó su fiel amigo Gutiérrez. Es autor que sólo debe ser leído por extractos y en muy pequeño volumen, tal como le presenta Obligado. Pero con todos sus defectos de fondo y forma, no se puede negar que fué sacerdote fiel del culto del ideal, y que tuvo un noble y elevado concepto de la poesía. El hombre y el ciudadano valían en él más que el poeta: por eso mereció del ilustre orador católico D. Félix Frías, en pleno Parlamento argentino, este elogio póstumo, que vale por muchos: «D. Esteban Echeverría era capaz

de hacer algo mejor que bellos versos: era un poeta en acción; jamás prostituyó su honor ni su musa.»

Desde 1837, fecha de las *Rimas* de Echeverría, hasta 1852, fecha de la caída de Rosas, la literatura argentina no se desarrolló en Buenos Aires, de donde la había ahuyentado la tiranía de aquel demente; sino en Bolivia, Chile y Montevideo. Entre estos proscritos brillaron en la prensa chilena, ó en la del Estado Oriental: D. Vicente Fidel López, autor del primer *Curso de Bellas Letras* que rompió en América con la rutina seudoclásica, y escritor muy celebrado después por sus extensos trabajos históricos: Sarmiento, á quien hemos encontrado ya en nuestro camino, y que fué, con toda su selvática incorrección, el más ardiente é inspirado de los prosistas del Sur, distinguiéndose además, como reformador de la enseñanza primaria: D. J. B. Alberdi, que empezó escribiendo artículos de costumbres á imitación de Larra, con el seudónimo de *Figarillo*, y abandonó luego los floridos senderos de la literatura (1) para dedicarse á las ciencias jurídicas, especialmente al derecho político y al internacional, en que llegó á ser eminente por la fuerza analítica y el vigor de su pensamiento: D. Félix Frías, que á diferencia de la mayor parte de sus compañeros de emigración y correccionarios políticos, fué siempre fervoroso campeón del catolicismo en la prensa y en la tribuna; varón de vida inculpable y austera, de gran caridad y generosa elocuencia. Prescindimos aquí de los pocos que hoy so-

(1) Hay en el segundo tomo de las *Obras Completas* de J. B. Alberdi (Buenos Aires, 1886), pág. 152 y siguientes, una especie de poema, *El Edén*, escrito en prosa por Alberdi y puesto en verso por Gutiérrez.

breviven de aquella gloriosa emigración, entre ellos el respetable general Mitre, uno de los primeros historiadores de América, poeta además y traductor de Dante. Pero debemos hacer especial mención del ya tantas veces citado en estas páginas, D. Juan María Gutiérrez, que no sólo fué el más correcto de los vates argentinos, sino el más completo hombre de letras que hasta ahora ha producido aquella parte del nuevo Continente (1). Como colector, prestó el gran servicio de la

---

(1) Nació Gutiérrez en Buenos Aires, el 6 de Mayo de 1809, y era hijo de español, lo cual hace todavía más extraño é inexcusable su odio á España. Su primera profesión fué la de ingeniero. Durante la emigración fué Director de la Escuela Naval de Valparaiso; después de la caída de Rosas Ministro de Estado; y en 1861 Rector de la Universidad de Buenos Aires. Falleció en 26 de Febrero de 1878. Fué el único americano que rehusó el puesto de correspondiente de la Academia Española; acto de mal gusto, que le valió aun en América severas censuras.

Falta una colección completa de sus obras, que sería muy importante. Algunas de ellas ya están citadas en el curso de este trabajo. Las más extensas y eruditas son:

*Bibliografía de la primera imprenta de Buenos Aires desde su fundación hasta el año de 1810 inclusive, precedida de una biografía del virrey D. Juan José de Vertiz, y de una disertación sobre el origen del arte de imprimir en América, y especialmente en el Rio de la Plata* (1866).

—*Bosquejo biográfico del general D. José de San Martín* (1868).

—*Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas sudamericanos anteriores al siglo XIX* (1865). Los poetas de quienes trata son Juan de Ayllón (peruano), el dramaturgo Ruiz de Alarcón (mejicano), Labardén (argentino), Caviedes (peruano), Sor Juana Inés (mejicana), el P. Aguirre (ecuatoriano), Pedro de Oña (chileno), Olavide (peruano).

—*Noticias históricas sobre el origen y desarrollo de la enseñanza pública superior en Buenos Aires* (desde 1767 á 1821). Con notas, biografías, etc., 1868.

Añádanse las vidas de Franklin, Washington, etc., é innumerables artículos en el *Mercurio*, de Valparaiso, y en todas las revistas argentinas.

Hay varias biografías literarias de Gutiérrez. Las más minuciosas son la de D. Antonio Zinny (escritor gibraltareño, nacionalizado en la Argentina). *Juan María Gutiérrez, su vida y sus escritos* (Buenos Aires, 1878), y la del

*América Poética*, compilación demasiado voluminosa para lo que la poesía americana era en 1846; pero así y todo no superada ni igualada después por ninguna otra. Es cierto que contiene mucho farrago, pero no por mal gusto del editor, sino por el deseo de ser completo, y también (justo es decirlo) por un americanismo indulgente y mal entendido, que solía extraviarle en su crítica. Salvo este defecto, y su aversión á España, y su empedernido volterianismo, que rayaba en fanática é intolerante manía, Gutiérrez era hombre de extensa cultura, de muy despejado entendimiento, de muy vasta y sólida lección en los clásicos antiguos y modernos, de grande aptitud para comprender y sentir la belleza, y de muy penetrante discernimiento en la parte técnica. Su estilo, sin ser rigurosamente correcto, es de los menos impuros que pueden encontrarse en ningún escritor de su nación, y es además vigoroso y ameno. Como crítico no ha tenido rival en América después de Andrés Bello y antes de Miguel A. Caro. Y fué además diligente bibliógrafo, grande erudito en cosas americanas. Su estilo, sus aficiones arqueológicas, todo, en suma, estaba en contradicción con el papel que en mal hora asumió de detractor sistemático de España, extraviando el criterio de una generación entera con el peso de su autoridad innegable.

La fama que alcanza y merece como prosista y como investigador ha perjudicado á la reputación de sus ver-

---

infatigable polígrafo chileno, Vicuña Mackenna, *Juan María Gutiérrez, su vida y sus escritos conforme á documentos enteramente inéditos*.

En el ameno é interesante libro que lleva el nombre de *Memorias de un Viejo*, por Victor Gálvez (Buenos Aires, 1889), hay una semblanza física y moral del Dr. Gutiérrez (tomo 1, páginas 389-404).

sos, que no serán quizá de los más inspirados y vehementes del Parnaso argentino, pero que son sin duda de los más tersos, pulcros y aliñados. Gutiérrez, á diferencia de muchos paisanos suyos, sabe siempre lo que quiere decir; y el cuidado de la lima no daña á la gracia y gentileza de los movimientos de su musa, clásica por instinto más que por escuela, modestamente ataviada con cierta nativa elegancia que contrasta con el abandono de Echeverría, con el desorden de Mármol, con el énfasis apocalíptico de Andrade. En *Los amores del Payador* y en otras composiciones de su primer tiempo, resulta no menos americano que el autor de *La Cautiva*, sin afectarlo tanto. En su célebre canto á la Revolución de Mayo, premiado en un certamen de Montevideo el año 1841, se aparta mucho de la vulgaridad corriente en las odas patrióticas, procede con cierta majestad solemne y vierte nobles pensamientos en el raudal de una versificación cristalina. Pero sus poesías ligeras, escritas con sumo primor y delicadeza, valen más en mi juicio que sus odas de aparato, y eran sin duda más adecuadas á la índole suave é insinuante de su musa.

Colaborador de Gutiérrez en algunos periódicos de Montevideo durante el periodo de expatriación, fué el malogrado publicista D. José Rivera Indarte, natural de Córdoba del Tucumán; el primero que en 1834 defendió en un célebre folleto, *El Voto de América*, la conveniencia de restablecer las relaciones mercantiles con España, y abrir los puertos á su bandera. Su campaña de cinco años contra la tiranía de Rosas en las columnas de *El Nacional*, le ha dado más celebridad que sus medianos versos, entre los cuales recuerdo *El rey*

*Baltasar*, melodía hebraica, imitada de la *Visión of Belshazzar* de Byron.

A todos los poetas hasta aquí citados, incluso el mismo Echeverría, excedió en reputación popular durante su tiempo, y aun puede decirse que en parte la conserva, otro ingenio romántico, muy desaliñado y muy inculto, lleno de pecados contra la pureza de la lengua, de expresiones impropias, y de imágenes incoherentes; pero versificador sonoro, viril, robusto, superior á todos sus contemporáneos en la invectiva política, porque tenía el alma más apasionada que todos ellos, y dotado al mismo tiempo de grandes condiciones para la descripción que pudiéramos llamar *lírica*, para reflejar la impresión de la naturaleza, no en el detalle, sino por grandes masas. Tal fué José Mármol, que, al revés de Echeverría, no procede del romanticismo francés, ni tiene con él grandes analogías; pero sí las tiene, y muy íntimas con el romanticismo español, y especialmente con Zorrilla, cuyos procedimientos de versificación imita (1), procurando emular su vena opulenta y desbordada. Mármol, como todos los poetas de su temple, arrastra, deslumbra, fascina, y á su modo triunfa de la crítica, que sólo en voz baja se atreve á formular sus reservas. En sus versos políticos, en sus imprecaciones contra Rosas, hay un arranque, un brío, un odio tan sincero, una tan extraña ferocidad de pensamiento, que, si á veces repugnan por lo monstruoso, otras veces se agigantan hasta tocar con lo sublime de la invectiva. Aquellas hipérbolas desaforadas de venganza y exter-

(1) No hay más que comparar las famosas *Nubes*, de Zorrilla, con el canto de los *Trópicos* en los fragmentos de *El Peregrino*.